

por todos los medios al enemigo en el lugar donde concentrara su ataque. Por otra parte, hay que reconocer que no le resultaba fácil a un soldado rebelde, ansioso de luchar e imbuido de ese sentimiento de solidaridad combativa que siempre lo caracterizó durante toda la guerra, contemplar cómo cerca de ellos un grupo de sus compañeros se batía tenazmente y no acudir en su ayuda, teniendo, además, los medios y las posibilidades de hacerlo. Y esto ocurrió en Las Mercedes, donde muchos de los integrantes de los pelotones de Horacio y de Castro Mercader no entendían que la gente de Angelito Verdecia combatiera duramente a pocos cientos de metros de sus posiciones, y tuvieran que retroceder, inclusive, mientras ellos permanecían inactivos. Hay que ponerse en el lugar de esos compañeros para comprender que solo en virtud de un supremo esfuerzo de voluntad y disciplina obedecieron la orden que habían recibido sus jefes.

El combate inicial en Las Mercedes, por tanto, fue la primera aplicación práctica de esta nueva táctica.

Por Horacio, quien enviaba partes constantes a partir del mediodía del 25, conocí del inicio de la operación y de su desarrollo, hora por hora. Recuérdese que esa misma tarde, mientras Angelito combatía tenazmente en La Herradura, estaba teniendo lugar a 15 kilómetros de allí, en las Vegas de Jibacoa, la primera reunión campesina en la Sierra Maestra desde el inicio de la guerra. Estos mensajes de Horacio me sirvieron para elaborar la información sobre el combate que se dio a conocer al día siguiente por Radio Rebelde, en el primero de los partes de guerra sobre la situación militar, emitidos sistemáticamente por la emisora guerrillera durante toda la ofensiva enemiga.

Esa noche, Raúl Castro Mercader envió a tres combatientes de su pelotón a hacer contacto con Angelito en el cementerio. Los tres hombres permanecieron con esta tropa todo el día siguiente, y combatieron junto a ellos en el segundo día de acción en Las Mercedes. Por cierto que, algunos días después, cuando me enteré del envío de este pequeño refuerzo, me causó un gran disgusto saber que estos compañeros habían ido a unirse a Angelito y habían combatido provistos de fusiles Mendoza, bastante escasos de municiones. El Che me aclaró después que había sido él quien había dispuesto que llevaran esos fusiles, pues como eran de cerrojo, no gastarían tantos proyectiles como un fusil semiautomático, sin percatarse de que en el pelotón de Raúl Castro Mercader había otros fusiles de similar mecanismo mejor provistos de parque.

Poco después del amanecer del día 26 se reanudó el combate. El enemigo prosiguió su avance, desplegado en dirección al cementerio, y una vez más el puñado de hombres de Angelito luchó tenazmente hasta que no le quedó otra opción que replegarse ante la amenaza de ver rodeada su posición por la enorme superioridad numérica de la fuerza enemiga, a la que ayudaban en su desplazamiento el poco relieve y las condiciones abiertas del terreno.

El capitán rebelde ordenó entonces ocupar una tercera línea de defensa, y situó el grueso de sus hombres a la entrada del caserío, del otro lado del río Jibacoa en su margen izquierda, mientras otro pequeño grupo se ubicaba en la más alta de las colinas que bordean la margen derecha, frente al poblado y a pocos cientos de metros detrás del cementerio.

El comandante Pablo Corzo Izaguirre ordenó un intenso fuego de morteros en dirección a las casas, con la esperanza de quebrar de esa forma la resistencia rebelde. Una avioneta, en la que viajaba el coronel Manuel Ugalde Carrillo, oficial ejecutivo del puesto de mando de Bayamo, sobrevolaba constantemente a gran altura la zona del combate. Desde ella, seguro y prepotente, daba órdenes constantes al jefe del Batallón 17.

A pesar de todo su poder y sus esfuerzos, el enemigo no había logrado aún cruzar el río a las 4:00 de la tarde.

Apareció entonces de nuevo la aviación y se reanudó también el bombardeo con morteros. Dos de las tanquetas pasaron a ocupar la posición de vanguardia.

Finalmente, después de una última resistencia de más de una hora, Angelito dio la orden de retirada, y los combatientes rebeldes se replegaron organizadamente ante el empuje incontenible de la abrumadora fuerza enemiga. A las 6:45 de la tarde del día

26, los guardias entraron en Las Mercedes. Un batallón completo, reforzado con morteros y armas automáticas y apoyado por tanquetas y aviones, debió combatir durante casi 30 horas contra menos de una veintena de hombres, armados con sencillos fusiles y parque más que limitado.

La escuadra rebelde no sufrió en esta acción ni una sola baja, a pesar de que inicialmente se informó que un hombre había resultado herido. Salvo tres o cuatro combatientes que fueron a parar a las posiciones de Horacio Rodríguez, el grueso de la aguerrida tropa rebelde se retiró hacia el alto de El Moro y se reunió con el pelotón de Raúl Castro Mercader.

Ese día bajé junto con Celia y un pequeño grupo de compañeros desde las Vegas de Jibacoa hasta las posiciones de Horacio, encima de Las Mercedes, para observar el desarrollo del combate. Allí pude comprobar la extraordinaria resistencia brindada por la docena de hombres de Angelito Verdecia. El parte divulgado por Radio Rebelde, el día 27, redactado y firmado por mí, incluía una merecida mención especial, "por su extraordinario valor", al capitán Ángel Verdecia y los hombres a su mando:

A pesar de la extraordinaria superioridad numérica, la calidad de los armamentos y el apoyo aéreo [con] que contaban las fuerzas enemigas, nuestros hombres escribieron una página de singular heroísmo.

El día anterior, al informar sobre la primera jornada del combate, habíamos afirmado premonitoriamente que la resistencia ofrecida en Las Mercedes era "símbolo de lo que va a ser para los soldados mercenarios de la tiranía la Sierra Maestra". Y agregábamos:

El alto mando enemigo luce desconcertado ante la posible táctica de nuestras fuerzas.

Ignoran si defenderemos pulgada a pulgada el terreno o los dejaremos penetrar hacia los puntos más estratégicos de nuestras defensas. Ayer que fué el primer día de combate importante, se observaba en todos los hombres de este frente revolucionario y en el pueblo que lucha junto a nosotros un entusiasmo febril y enardecido. Solo un mínimo de nuestras fuerzas había entrado en acción. Cuesta trabajo contener el ímpetu de los que desde sus puntos de reserva o de posible maniobra escuchan el fuego de los compañeros que están en primera línea. Es preciso explicarles constantemente que la guerra no es solo cuestión de valor, sino también cuestión de técnica, de psicología y de inteligencia.

Estos hombres son los que la dictadura ha estado invitando con ridículas proclamas a que se presenten en los cuarteles para someterse al yugo indigno de la opresión. Nuestra respuesta la estamos dando ya.

Hay cosas que ni los déspotas ni sus esbirros pueden comprender. No es lo mismo luchar por un sueldo, alquilar la persona a un miserable tiranuelo, cargar un fusil por una paga como un vil mercenario, que ser soldado de un ideal patriótico. Al mercenario se le puede hablar de la vida, porque le importa más la vida que su causa; pelea por el sueldo, y si muere, el incentivo material desaparece con su vida. Al hombre de ideal, la vida no le importa porque le importa el ideal: no cobra sueldo, soporta gustosamente todos los sacrificios que le impone una causa a la que ha abrazado desinteresadamente. Morir no le preocupa porque más que la vida le importa el honor, le importa la gloria, le importa el triunfo de su causa.

Aquí nuestros hombres saben que dando la vida sirven a su causa, han visto morir a otros muchos compañeros y conocen el respeto, el cariño, la lealtad y la admiración con que se recuerda a los héroes caídos; están hechos a la idea de que el individuo puede morir pero no la causa que defienden. En el ideal de la Revolución siguen viviendo los que han caído y seguirán viviendo todos los que caigan. El ideal es una forma superior de vida en [la] que la muerte individual no cuenta.

Yo sé que lo que más preocupa a los mandos de la dictadura es la tenacidad del soldado rebelde. Les cuesta trabajo comprender. Tal vez lo anterior explique a sus mentes conturbadas por qué a pesar de sus aviones, de sus tanques, de sus morteros, de sus enormes recursos económicos, de sus reservas inagotables de parque y de sus miles y miles de alquilados, no pueden tomar una trinchera rebelde si los rebeldes no queremos que tomen la trinchera.

Sin duda, la resistencia ofrecida por la escuadra rebelde de Ángel Verdecia en Las Mercedes fue un sím-

bolo —que cubrió de gloria y prestigio al aguerrido capitán guerrillero, quien pocas semanas después encontraría la muerte en desigual combate—, y un anuncio claro de lo que vendría más tarde. Tras este combate en Las Mercedes, el Che pudo informarme complacido: "Angelito sin novedad, se salvó todo". El plan elaborado se había cumplido cabalmente.

Para el enemigo, esta primera resistencia en Las Mercedes resultó un golpe psicológico importante. Aquí sufrió las primeras bajas de su ofensiva. La cifra no pudo determinarse, pero debieron ser numerosas. El propio Angelito Verdecia reportaba, después del primer día de enfrentamiento, haber ocasionado siete muertos.

Pero para el mando enemigo, más grave aún fue constatar que las fuerzas rebeldes eran capaces de sostener con éxito una lucha de posiciones, desarrollar una táctica defensiva de desgaste progresivo, que por primera vez se veían obligados a enfrentar.

La manera en que el enemigo manejó la información relacionada con el combate fue significativa. El 28 de mayo, el Estado Mayor del Ejército de la tiranía publicó un parte oficial en el que, entre otras cosas, se decía lo siguiente:

Otra fuerza del Ejército que operaba en Cerro Pelado y Las Mercedes, sostuvo un encuentro con otro grupo de forajidos ocasionándoles 18 bajas y ocupándoles 18 escopetas y parque.

Se continúa la persecución del enemigo en fuga que se dedica a amedrentar a los campesinos, robándoles su ganado, quemándoles sus cosechas, destruyéndoles sus viviendas y aperos de labranza.

Nuestras fuerzas no han tenido que lamentar baja alguna.

La mentira era, como siempre, descarada. Ni se habían producido bajas rebeldes, ni se habían ocupado armas, ni se continuaba "persecución" alguna, ni los rebeldes cometían ninguno de los atropellos que se denunciaban, ni era cierto que el Ejército no había tenido bajas. Por otra parte, obsérvese el ridículo intento de denigrar a los combatientes revolucionarios llamándolos "forajidos", y de insistir en que combatían con escopetas, para dar a entender que se trataba de una banda desorganizada de delincuentes y cuatrosos que podían ser fácilmente batidos por las fuerzas de la ley y el orden. Al respecto, en un parte que preparé para Radio Rebelde el 29 de mayo, decía lo siguiente:

¿Verdad que es asombroso, señores oyentes, escuchar un parte del Estado Mayor afirmando que había ocasionado a los rebeldes 18 muertos en Las Mercedes y que el ejército continuaba la persecución de los forajidos? ¿Qué pensarán los propios soldados de la dictadura que han participado en los hechos y saben que todo eso es mentira? ¿Puede haber moral en un mando militar que tan descaradamente mienta ante sus propios soldados? No tendría nada de extraño que dentro de algunos días 18 infelices campesinos sean cobardemente asesinados para justificar el parte del Estado Mayor como ha ocurrido otras muchas veces.

No se llega a saber nunca si mienten para asesinar, o asesinan para mentir; si son más hipócritas que asesinos o más asesinos que hipócritas.

Para destacar más todavía la diferencia entre la veracidad de nuestros partes y las mentiras e informaciones manipuladas de los partes enemigos, desde el comienzo mismo de las acciones di instrucciones a los locutores de Radio Rebelde de que concluyeran cada una de las transmisiones con la lectura de un párrafo que les había preparado con ese propósito, y que decía así:

Radio Rebelde ajusta sus noticias a la más estricta verdad. Transmitimos las noticias a medida que las vamos recibiendo oficialmente o de fuentes fidedignas. Nuestras bajas no las ocultamos porque son bajas gloriosas. Las bajas del enemigo no las exageramos porque con mentiras no se defiende la causa de la libertad, ni se destruyen las fuerzas enemigas. Y porque, además, los hombres que caen frente a nosotros son también cubanos a quienes un régimen tiránico y odioso está sacrificando en aras de una innoble y vergonzosa causa.

Aparte de dejar sentada, desde el primer momento de los combates, nuestra diáfana posición en cuanto al uso de la verdad, era importante también esclarecer cuál seguiría siendo nuestra conducta en relación con el soldado enemigo.

Después de la ocupación de Las Mercedes en la tarde del 26 de mayo, el enemigo se dedicó a consolidar sus defensas en el lugar y a sus actividades